

CUENTO N° 272

TÍTULO: JUGAMOS TODOS

SEUDÓNIMO: PACO SIDORA

AUTOR: FRANCISCO JESÚS CERESUELA MUÑOZ

Jugamos Todos

Paco Sidora

Mientras se oculta el sol asfixiado por el smog desde que se asoma por la cordillera, por la Pirámide bajan zizagueantes ejércitos de luces que regresan a estacionarse a hogares que tímidamente iluminan la penumbra vespertina.

El parque va desocupándose. La gente recoge sus cosas para volver a casa, en la costanera se confunden los que inician el trote habitual con grupos que terminan la gimnasia rítmica y, más allá, varias personas mayores se acercan caminando a la iglesia. La pelota se desliza veloz sobre el pasto húmedo y creí que llegaría hasta la misma autopista. Pero se detiene bruscamente. Unas zapatillas negras, que se confunden con mis bototos de colegio, la aprietan contra el verde césped, como dicen los relatores deportivos, los mismos que algún día cantaran mi nombre completo.

No lo podía creer. Jamás imaginé que él estuviera ahí jugando mano a mano conmigo. Siempre me gustó el fútbol. Jugaba en la pieza que compartía con mis hermanos. A mis padres no les gustaba mucho y tenían razón. Más de algún vidrio se quebraba por cuenta mía. Con la abuela, que venía siempre a casa, conocí el parque y así empezó mi vida de futbolista al aire libre.

Jugaba solo, pero acompañado por muchos amigos imaginarios con los que hablaba, les daba pases y celebrábamos goles tan increíbles e inolvidables como ellos.

La abuela, que veía fútbol por televisión para recordar al abuelo, me repetía que me cansaría si corría de un lado a otro detrás de una pelota. Me decía que tenía que aprender de a poco. Un día con el borde interno del pie, otro con el muslo y así hasta dominar el balón con todas las partes del cuerpo.

También me insistía que debería esforzarme en mejorar la puntería y la fuerza de mis tiros. ¡Cómo sufría el jardinero municipal por el helecho que recibía mis pelotazos! Mientras jugaba la abuela reía, conversaba y a la vez me felicitaba si hacía lo que ella me sugería. No hacía caso a las quejas por el daño a las plantas. Ni que fueran rosas, murmuraba.

Desde hace algunos meses, la abuela ya no me acompaña, pero cuándo estamos solos me sigue preguntando. ¿Cómo vamos con el fútbol? ¡Cómo vamos! Esa intimidad cómplice me daba fuerzas y me hacía quererla mucho más.

Mientras mejor me iba, más se agrandaban mis sueños y crecía mi ilusión de ser futbolista profesional. Tenía que ser pronto, con la abuela de compañera. Solo ella me llevaría y conseguiría que mis padres me dieran permiso para ir del colegio a entrenar con un equipo y en una cancha de verdad.

No sabía cómo pedirselo. Ahora no tenemos mucho tiempo solos. Cuando viene se sienta con mis padres y está toda la tarde con ellos. Se queja de sus rodillas, agradece que la acompañen a la clínica a un tratamiento que no me cuentan y siempre habla de sus amigas que no tuvieron su misma suerte con los seguros médicos y de las procesiones que deben hacer detrás de salud al alcance de sus bolsillos.

Siempre dice que sus amigos políticos son expertos, pero yo creo que si tuvieran el corazón adonde lo tiene ella, este país sería mejor. Se le digo y se ríe. La abuela sabe que es cierto.

Esto lo converso con ella cuando me pide que la acompañe al supermercado. Siempre le gustó hacerlo personalmente y a mí acompañarla. Aprendí y cuando me vaya a vivir solo sabré comprar y por supuesto cocinar que es lo mejor que hacen todos en la familia.

Espero ansioso que saque su lista de almacén y le pregunte a mi madre si ya estoy al día

con las tareas del colegio para que salgamos.

Bajamos en el ascensor hacia el subterráneo donde estaciona su auto porque el conserje le tiene aprecio. Con el abuelo eran atentos y le hablaban todo el tiempo. A la gente le gusta que le llames por su nombre, le preguntes por ella y tengas un minuto para tratarlos como iguales, me lo dice siempre.

Cuando me preparaba para preguntarle si me llevaría al estadio a probarme, ella me asaltó con su pregunta. ¿Para adónde vas con ese bolso deportivo? No supe contestar, mi cara se puso roja y el silencio del viaje contestó por mí.

La abuela es muy práctica y ordenada. Tomó el carro y enfiló hacia el lugar de las frutas, verduras, y fuimos haciendo el recorrido habitual.

Mientras se quejaba de sus rodillas, un señor se acercó a saludarla respetuosamente. Conversaban animados como si se hubieran puesto de acuerdo para encontrarse. De repente, se volvieron hacia mí y sólo alcancé a escuchar que le decía que me parezco mucho a él. No me extrañó, lo dicen todos cuando se presenta un niño a la gente mayor y por eso no me interesó saber a quién podría parecerme. Y, de repente, el señor extraño pero amable, me pregunta ¿te gusta mucho el fútbol? Ahora sí quedé mudo sin saber que decir.

¿Qué si me gusta el fútbol? Me lo pregunta a mí, que sueño con el Rey Arturo, con Alexis y con el Pitbull. A mí, que no me afecta la nota del profesor de Química pero que sufro si la Unión, la Selección o el Real Madrid no ganan. A mí, que sueño con atravesar la frontera que separa Vitacura de Independencia para ir a probarme al club de mis amores. No, no me gusta el fútbol. Yo soy fútbol.

Mi abuela notó mi sorpresa y con su rara mezcla de cariño y reto me animó a contestar.

Anda, dile que te gusta el fútbol. Cuéntale que juegas y que entrenamos juntos. El sí que sería un buen profesor y te felicitaría si te viera jugar en el parque, dijo entre risas.

El señor, junto con sonreír, puso su mano en mi hombro y me dijo que siguiera jugando, que entrenara y que nunca olvide que el fútbol se juega con la cabeza mucho más que con el pie. Que más que hacer goles y ganar, importaba respetar las reglas, ser leal y jugar en equipo.

Cuando se marchaba, vi que cojeaba un poco y pensé que compartía con la abuela el kinesiólogo o aquel raro doctor que, según ella, le hacía sonar los huesos. Por eso, no pregunté quién era y seguí empujando el carro hacia la panadería para hacerle un guiño a la marraqueta.

Cuando terminamos, la abuela me invitó a un helado y ella se tomó su café habitual. Era cariñosa y siempre que se sentaba conmigo me miraba a los ojos y me tocaba la cara. Pero hoy su mirada era triste. Yo también debía tener cara de pena porque perdí otra oportunidad de ir a probarme y decidí atacar el helado como si fuera el último minuto de una final.

Abuela ¿quién era ese señor que saludamos? Le pregunté nervioso mientras regresábamos a casa en medio de un tráfico infernal, cuando la oscuridad se adueñaba de la tarde.

Era un amigo de tu abuelo. Siempre decía que era un buen jugador de fútbol. Jugó Mundiales con la Selección, fue campeón y hoy es un gran entrenador de fútbol. Tu abuelo y él se respetaban mucho y me ha dado alegría que te conociera. Eres el nieto futbolero y a tu abuelo le hubiera hecho ilusión hablarte de él. Algo más balbuceó y entendí que recordar a mi abuelo la ponía triste y no quise hablar más.

Esa noche no pude dormir. No sabía quién era ese amigo del abuelo y no quería preguntar por él a mis padres. Mi complicidad futbolística con la abuela era un secreto y mi pregunta podía alertarlos de nuestra extraña sociedad.

Me da pena recordar los ojos tristes de la abuela. Por eso, me alegré cuando se apareció sonriente por la casa. Era extraño que viniera temprano. Nosotros estábamos sin clases por la semana del colegio y mis padres ya se habían marchado a sus cosas. Me animó y, en voz alta como queriendo distraer a alguien, dijo que me levantara rápido y fuéramos al parque a entrenar. Se sentó en mi cama y cuando pensé que me iba a besar, me habló en voz baja. Tenemos que salir rápido, hay prueba de jugadores en el equipo que te gusta y vamos a ir.

No lo podía creer, la abuela estaba invitándome a lo que yo nunca me atreví a pedirle. No sé cómo, pero con la velocidad del rayo desayuné y estuve listo para salir.

Fuimos directo a su auto que nos esperaba estacionado en la calle, con el conserje haciendo de chofer porque acá solo está permitido estacionar para dejar o recoger pasajeros. Tomamos Vespucio al poniente y se apareció una ciudad escondida que solo veíamos cuando nos íbamos a la playa o al aeropuerto. La abuela me llevaba al Estadio Santa Laura. No sabía que decir, mi cuerpo tiritaba y la abuela reía. Cerré los ojos, me tapé la cara con las manos y volví a soñar lo que soñé despierto millones de veces.

Había una multitud de gentes. Cientos de niños esperando con sus padres como lo hacía yo con mi abuela. Se escuchaban voces, pitos, llamados a viva voz, aplausos y gritos, muchos gritos. La abuela tranquila conversaba con todos como siempre y cada vez que podía me animaba, me decía que tuviera confianza y que comprendiera que muchos de los niños en esta prueba se juegan la suerte de su vida y la de su familia.

Volví tranquilo. Le dijeron a la abuela que debía esperar, que jugaba muy bien pero que

aún no tenía edad para competir en la serie que necesitaba jugadores. Aún no lo creía. La abuela debió creer que estaba triste y me invitó a almorzar. Fuimos al patio de comidas y fue el mejor combo que me había comido jamás.

Cuando volvíamos, le pedí que me llevara al Parque Bicentenario como tantas veces. Quería contarles a mis amigos lo que había vivido. Darles mis mejores pases para jugar con la cabeza y sentido de equipo. Llegamos con la tarde avanzada, ya regaban y me puse a correr con todas mis ganas.

La pelota fue detenida bruscamente por una zapatilla negra que la apretó contra el pasto mientras una voz recitaba mi nombre. Me la devolvió como un maestro y antes que cayera al suelo la bajé con el pecho y con el borde interno del pie le di un pase perfecto. Sonriendo me aplaudió.

Te vi en la prueba de futbolistas y conversamos el otro día en el supermercado. No renuncies, tienes que seguir viniendo al parque y cuando cumplas la edad, vas a jugar con nosotros.

Quien me hablaba fue el mejor futbolista chileno en la época de mi abuelo. Internet me lo había contado. Me miró a los ojos, me acarició la cara y se marchó.

Busqué a mi abuela y sólo vi al viejo jardinero junto al helecho con un ramo de rosas rojas. Me pareció que lloraba.

Soy jugador profesional de futbol, mis padres son mis primeros hinchas y hoy debuto en el Estadio Santa Laura. Mi abuela bajará del cielo, feliz a la grupa del abuelo.

Este partido lo jugamos todos.

////////////////////